

## EL ECO DE CARTAGENA.

Jueves 11 de Diciembre de 1879.

### Las enseñas militares.

Nada más sencillo que estas en los primeros tiempos. Ramas de árboles; un haz de heno; un puñado de yerbas; la pica de un cuadrúpedo ó de un ave, rellena de paja, puestos en lo alto de una pica, tales eran las enseñas que guiaban en los combates.

Después estas insignias fueron de-  
jando poco á poco su carácter gro-  
tesco, y se adoptaron imágenes de  
mejor gusto y más propias en el ór-  
den simbólico ó representativo.

Entre los judíos, cada una de las  
doce tribus de Israel tenía la suya  
del color que le era propio, y sobre  
las cuales se veían la figura ó sím-  
bolo que le era respectiva, según la  
profecía de Jacob. La escritura ha-  
bla del *leon* de la tribu de Judá, de  
la *nave* de Zabulon, de las *estrellas* y  
del *firmamento* de Isacar, etc.

En las de los pueblos idólatras se  
grabaron las imágenes de sus dioses.  
Los egipcios eligieron el toro, el co-  
codrilo y otros diversos animales;  
los asirios y los babilonios la pala-  
ma.

Un escudo, un casco, una coraza,  
puestos en la punta de una lanza,  
fueron las insignias militares de los  
griegos en los tiempos heroicos. No  
obstante Agamenon, según Homero,  
en el sitio de Troya levantó un velo  
de púrpura para que sirviera de  
punto de reunión á sus ejércitos.

Algun tiempo después los atenien-  
ses tomaron por divisa á Minerva  
con el olivo y el mochuelo; los co-  
rintios el *pegaso*, ó caballo alado, y  
los tebanos la esfinge. Los mesenios  
y los lacedemonios se limitaron á  
poner en sus enseñas la letra inicial  
de su nombre.

La insignia de los persas era un  
aguila de oro.

Por lo general en los ejércitos an-  
tiguos, para anunciar el ataque, sele-  
vantaba un manto, las más veces de  
color de púrpura, en lo alto de una  
pica.

Las primeras insignias de los ro-  
manos solo fueron un puñado de  
heno, elevado en la misma forma.  
A estas las reemplazaron sucesiva-  
mente con las figuras de un lobo,  
de un caballo, de un jabalí, del mi-  
notauro; y últimamente Mario, en  
el segundo año de su consulado hi-  
zo arrumbar todas estas, sustituyén-  
dolas con el águila, que fué desde  
entonces la insignia de las legiones  
con las cuales conquistaron después  
al mundo. En tiempo de los empe-  
radores usaron también sus ejérci-  
tos una mano de plata, abierta, con  
los dedos hacia arriba, que llevaban  
en el remate de una pica, y servía  
de guía á los *manipulos* [infantería  
romana.]

En la columna Trajana se vé un  
águila con un pequeño *vexillum* ó  
estandarte, que consistía en un pe-  
dazo de púrpura, y era la insignia  
propia de la caballería. En medio  
del *vexillum* solía escribirse el nom-  
bre de las cohortes y de las centu-  
rias, con objeto de que cada soldado  
pudiera conocer sus insignias.

Al *vexillum* siguió el *labarum*, que  
es lo mismo, con la diferencia de  
que este estaba asegurado por su  
parte inferior al mastil que lo sus-  
tentaba, y aquel solo de la superior  
pero el *labarum*, según todas las pro-  
babilidades, no fué hasta los tiem-  
pos de Constantino; por lo menos  
este emperador es el que hizo colo-  
car en medio de él el monograma  
de Cristo en memoria del HOG SIGNO  
VINCES que vió escrito en el cielo con  
caracteres de luz cuando iba contra  
Magencio. Antes de Constantino, el  
Vexillum solo llevó las iniciales S. P.  
Q. R. (*Senatus Populusque Romanus*.

Además del Vexillum, y del Lá-  
baro, los romanos usaron también  
de otras insignias que podemos lla-  
mar secundarias, cuales eran un  
medallón en el que iba grabada la  
imagen del príncipe; las águilas de  
las legiones y las manos, de que ya  
hemos hablado, y los dragones con  
cabeza de plata. Los encargados de  
llevar estas insignias se llamaban  
respectivamente *Imaginiferos* ó *In-  
signiferos*, *Aquiliferos*, *Manipularios*  
y *Dragonarios*.

Ya en tiempos muy posteriores te-  
nemos la *Oriflama*, que era una es-  
pecie de Vexillum, esto es: un estan-  
darte cuadrado con varios cortes en  
la línea inferior y adornado de fran-  
jas. A los principios fué la insignia  
particular del abad y monasterio de  
San Dionisio de París; después la  
adoptaron los reyes de Francia para  
sus ejércitos. Luis el Gordo fué el  
primero que tomó la *Oriflama* deso-  
bre el altar de San Dionisio y la dió  
á sus tropas por principal insignia;  
y su uso entre los franceses siguió  
hasta Carlos VI que perdió la suya  
en la derrota que sufrió de los ingle-  
ses en Aziucourt (1415) Desde entón-  
ces ya no hubo más *Oriflams* en  
Francia.

En las embarcaciones catalanas  
se llamó así también la primera de  
las tres banderas que llevaban en  
sus mástiles.

Estas mismas *Oriflams* son las  
que se llamaban en Italia Confalon,  
y bajo las cuales se reunían las tro-  
pas y los vasallos convocados para  
la defensa de la Iglesia.

En España se conocían bajo el  
nombre de *Pendones*, derivación de  
Pannus (trapo). En las guerras de la  
edad media; los ricos hombres, quan-  
do venían en socorro del soberano  
con sus gentes, lo hacían precedi-  
dos de *pendon* ó estandarte particular  
en señal de que podían levantar gen-  
te; y de la *caldera*, como distintivo  
de que podían también mantenerla

á sus espensas. De aquí viene el uso  
del *pendon* y la *caldera* en los escu-  
dos de la nobleza, privilegio que los  
reyes concedían á los que podían le-  
vantar y mantener soldados.

De las convocaciones del Rey á la  
nobleza para que le ayudasen en la  
guerra, y de los llamamientos de los  
Sres. á sus vasallos, parece nació el  
nombre de bandera, derivación de  
*ban* ó *bando*, que significa publica-  
ción.

La que usaron los caballeros tem-  
plarios se llamaba *Balza*, y también  
*Bien parecida*, con alusión á sus co-  
lores blanco y negro.

Las españolas correspondientes á  
cada pueblo ó comunidad, llevaban  
pintado el santo, ó patron de su de-  
voción; ó bien el del Señor feudal  
junto con sus armas ó divisas.

La costumbre de pintar imágenes  
sagradas en los estandartes ó ban-  
deras la vemos en todas las guerras  
con los infieles ó contra invasores es-  
trangeros. El estandarte de damas-  
co rojo que llevaba D. Juan de Aus-  
tria en la batalla de Lepanto tenía  
bordado en seda y plata la figura de  
un guerrero á caballo con espada en  
mano y la cruz de la orden de San-  
tiago al pecho; debajo un escudo de  
armas, con siete cuartetes, encima-  
do todo con una corona real. Al dor-  
so de este escudo otro igual y encima  
la imagen de la Virgen, con el niño  
Jesus en los brazos, bordado en se-  
da y oro. En las guerras contra los  
moros marchaba siempre delante de  
los ejércitos el estandarte con la  
imagen de la Virgen; otros tenían la  
de Santiago; y por lo regular las me-  
nadas la del santo patrono ó del de  
su devoción.

Nuestra última guerra llamada  
de la Independencia, contra la Fran-  
cia, nos ofrece una reproducción de  
esta piadosa costumbre. Con efecto  
llevaron la imagen de la Virgen, en-  
tre otras varias, la bandera del Ter-  
cio Saguntino, con el lema de *viva*

FOLLETIN DEL ECO DE CARTAGENA.  
DIA 11 DICIEMBRE 1879.

—3—

### UNA VELADA EN EL MAR ROJO.

EPISODIOS INVEROSIMILES  
POR ISIDORO MARTINEZ RIZO.

ta la cámara, en cuyo comedor nos  
aguardaba la comida.

Todos los pasajeros de primera  
ocupamos nuestros asientos en la  
mesa que estaba presidida por el ca-  
pitán.

Mister Jonh Torkey estaba frente  
á mí.

En aquel hombre escuálido, rígi-  
do y flemático, cuyas patillas con su  
color grisáceo estaban denunciando  
ocho lustros, todo era inglés de pura

raza; lo eran su porte, sus vestidos,  
su tipo anglo-sajon, sus ojos, su blan-  
cura y hasta los foques que ceñían  
su cuello.

Los pasajeros que habían mostra-  
do un vivo afán por conocer la cau-  
sa de mis estrepitosas carcajadas,  
suspendieron durante un corto tiem-  
po su sentimiento de curiosidad, con-  
sagrando una atención preferente  
á su apetito: una vez satisfecho diri-  
gieron sus ojos hacia mí, interrogán-  
dome con sus miradas apremiantes.

No pude resistirme á aquellas  
muestras de curiosidad, y halagado  
por ser el blanco de ella apuré un  
vaso de Burdeos, sequé mis labios  
con la servilleta y echándome hacia  
atrás, sobre el respaldo de la banca,  
con una entonación melodramática,  
empecé:

—Señoras, caballeros: sabed quan-

tos me ois que el buen mister Jonh  
Torkey, (y le miré con la intencion  
de un toro,) ha descrito ante mis  
ojos el velo misterioso de la conquis-  
ta más sublime que el hombre pue-  
de hacer en el desierto.

Y suspendí un momento mi pero-  
ración.

—Siga V., siga V.;—dijeron todos,  
mientras mister Jonh Torkey dejó  
asomar una sonrisa maliciosa con  
que logró irritarme.

—Pues bien, señoras y señores,—  
continué;—es el caso que tiene unos  
gemelos que hacen ver en las dunas  
de la costa á los valientes gallas á  
guisa de correos de gabinete, cabal-  
gando en ligeros avestruces.

La estrepitosa carcajada que se  
dejó sentir en el salon estremeció  
los paños de la cámara.

—¡Bien por los mágicos gemelos

del hijo ilustre de la Gran Bretaña  
—exclamó un andaluz que era el en-  
canto del pasaje con su constante  
buen humor.

—¡Bravo! ¡bravísimo!—repetían  
sin cesar los pasajeros.

—Que nos enseñe esos gemelos e  
caballero inglés—dijo una linda se-  
ñorita.

—Quiero ver á los gallas montados  
sobre vípedos plumíferos;—exclamó  
un niño de diez años alargando su  
mano hacia el inglés que sonreía de  
un modo socarrón.

—Si su aleteo no molestara,—añadió  
una jamona,—de buena gana  
correría la posta sobre uno de esos  
pajarracos: tendrán un movimiento  
delicioso.

—Pero es el caso, señora doña En-  
carnación,—le dijo un comandante  
que le lanzaba miradas asesinas,—